

Selección de poemas

Sofía Rodríguez García Escritora y editora colombiana. Se desempeñó como coordinadora de espacios organizativos como el Proyecto Organizativo de Educación y Cultura popular, POECP. Defensora de Derechos Humanos y de Género, educadora popular, tallerista de literatura y activista en comunidades desplazadas por la violencia y comunidades indígenas en los periodos comprendidos entre 1997- 2002.

Ex detenida política años 2003-2006 donde se desempeñó como Presidenta de Trabajo de la cárcel de Chimitá, Santander. Docente de bachillerato y coordinadora de DDHH. En los periodos comprendidos entre 2007- 2008. Fue corresponsal de la página de Valencia, España, de contrainformación y poesía. Su obra se encuentra publicada en varias antologías y revistas, electrónicas e impresas, principalmente de Rumania, Colombia, España, Argentina, Portugal, El Salvador, Chile e Italia.

Del libro inédito *El Bar de la avenida 33*

Lo indecible

Abunda la arrogancia desmedida
y no te permite ver los muertos,
ya verás que ni siquiera
podrás masticar el tiempo
torciendo tu estómago.

No va a suceder –óyelo bien-

No va a suceder

No hay resucitados en las calles que te obliguen

ni atuendos que te escondan

de los días

las noches las tormentas y

menos los gritos de cobros.

A la hora de la verdad solo suena el teléfono

y escuchas el eco en los cables diciendo:

“otro muerto”

(Los escalofríos recorren nuevamente los canales que te sostienen)

La despedida de los lejanos

Intenté abandonarte veinte veces al día

observando tú amanecer en la resaca,

en los timbres desconocidos

y en la estupidez de los sillones

que esperan y revuelcan.

Me provoqué recogéndote

chocando los vidrios de mis venas,
aislándote de ti y de mí
en un parque de memoria.

Este año será rápido
como las sortijas de un matrimonio espeso
y la lluvia de un sol indeciso:
sin evidencias que me motiven

Me dueles en el fondo de la garganta
donde el ruido es un sarcasmo
y la vida una sombra que espera

Te lloro cuando me esperas
en la oscuridad y no puedo verte.

Me hiero soñando tus manos en los bares
tu gabán negro y cabello desordenado

Pesan los restos de mis cuencas
y soy incapaz de llamarte

Ya nos yace la despedida
mis pulmones se han abierto
en este frío que quiere volarse con ellos
pareciera una propagación atrevida
donde retumban sus alas de óxido.

Del libro *Cada vez que cobija el fuego* (Ambivalente Editorial)

Escrito

Irritada he vuelto
en un café de cucharas,
alcanzada de sombras
tu esperma lejana pregunta:
¿es escaso el infierno en un galanteo?

Cada media hora
me aprieta un tubo en su boquilla,
dobla mi cuerpo maltratado
sin escala en un delirio impreciso.

Maravilla su estampa
con un solo rostro en
mis pantalones agraciados
La fiebre está tan alta
que debo andar en algún suicidio
(mal concretado)
Todo lo que lloras lo transito
en ese cactus que te adorna

Si supieras que el embrujo

es sucinto
sin licor infectado
si lloviera ahora y me llevara tu mar
me abrazaría con hamacas de tiempos
libre del fondo

Hablas en mi pensamiento
tan oculto,
reflexionas en su loza
de balcón de tres pisos
No hace falta tu tacto
sino el viento que lo trae,
el humo que lo aspira
trozos de niebla en mi muerte grata

Omities tu nombre,
me voy pronto
donde esas garras
de malhechor amable no me
envenenen
con seductores abrazos.

Dolor que sigues devorando
cuando mi tristeza ya
no abarca tiempos
ni poemas de pared
He dispuesto ser flecha
con alas envidiables.

Te elaboraré con sudor
de insensibles piernas
Solo quisiera ahora
-tan cobarde en existencias-
Llenarme de espectros
derramarme sin miedo
absorber su cortada
lejano asfalto
profundizando
como una daga
un eterno
y espinado
diálogo.

Silencio

El amor que me brota en las pupilas
hace alianzas con mi muerte
se aferra a las uñas
al alcohol
a la sinfonía de las voces
a los estiramientos del otro día
Se llenan de escamas
las piezas del tiempo
que lame las carencias de las córneas
las ausencias

los disparos y despedidas
sus atrevidas entregas
del amor escapista
Tu música de pecho
permanece en mis pómulos
escupe sus ahogos
en los ángulos de mi boca
Los brindis ya están exhaustos
se han quedado entrelazados
con sus lenguas parcas.

Atrio I

Desgárrame que tengo el alma abrasada:
los soplos que de golpes en ventrículos
llenan de agujas los gritos de tu boca
Abrázame que tu abrazo
es un puzzle en mis huesos
y tus dedos vuelan estirando
mi cuero de pelícanos
Tienta mis poros de aguas azules
en la aspiración lúdica de la aorta
Huele tus formas
como piel que arranque mis cavernas
(Aves rapaces del horno,
la calle se estremece

y cada quien en su gruta
con sus laberintos desechos)

Necesidad tráfuga del tiempo

Dime letras bonitas y engaños que las acompañen.
Ofréceme esas manos de hiena
con pupilas agigantadas de pálpitos,
acuérdate que el tiempo tiene piernas largas.

Se sufre más que esa noche en los gritos del descanso,
marca lo suficiente el pesado puñal de la piel
que mece trozos repintados en las lenguas

Qué suerte con los camafeos
parece que traen sus brillantes expuestos
como el sol escondido de los brazos amantes
en una escultura de plumas
mar que retiene el roce de los gritos.

Sálvame ahora que me lleva el que muerde
trae morteros enterrados en el tronco.
Una y otra vez el tiempo
prueba que de un solo paso largo
y sobre la columna de rubios cabellos
se cierran las voces
y se reparten lentamente los fluidos.